

HISTORIAS DE CAZA

¿QUIÉN no conoce a mi amigo Jesús? ¿Quién no le ha visto algún día con su escopeta al hombro, su mirada escudriñadora tras las gafas, siempre pronto a disparar un tiro?

Es un cazador nato. Cuando el sol madruga, (y en verano madruga mucho), siempre encuentra a mi amigo que ha madrugado más. Es tan enamorado de la caza, que sus historias se cuentan por centenares. Me es imposible contarlas todas. Me limitaré a referir las últimas que él me contó. Podrán parecer inverosímiles, acaso. Pero el Cielo me es testigo de que son verdad.

* * *

Salió por Pontika, remontó la cuesta de Lapas, siguió por Beraun, y antes de ver ninguna pieza de esas que milagrosamente resisten a todas las embestidas de los cazadores, se encontró con un cashero escondido tras un matorral.

—¡Kaxo! ¿Qué se hace? preguntó campechanamente.

—¡Txist! Callando, —dijo el cashero—. Estoy cazando con reclamo.

Entonces, Jesús se sentó junto a él amigablemente. Le haría compañía un rato. Total, ¡para lo que iba a cazar él!

—¿Qué? ¿Han caído muchos? —preguntó por lo bajo.

El pello miraba fijamente hacia donde estaba el reclamo. Contestó sin volverse:

—¡Pche! Regular. Cuatro tarines y dos... ¿EH? ¿Zer da ori? ¿Qué es eso? —dijo—, levantándose de un salto.

Jesús se levantó, también asustado, sin saber qué es lo que podía pasar. Y pudo ver por sus ojos lo que tanto había llamado la atención del cashero: Sobre la jaula del reclamo, disimulada con follaje, un gavielucho forcejeaba por apoderarse del inocente jilguero metiendo las garras por entre los barrotes.

—¡Ala Jaingoikua! —exclamó el cashero—. Me lo va a matar. ¡Con lo bien que cantaba! ¡Nunca he tenido un jilguero como ése!

Jesús miraba la escopeta que tenía en las manos, sin atreverse a tomar una decisión. Pero no había tiempo que perder. Si corrían a espantar al gavielucho, llegarían tarde.

—¿Qué? ¿Le disparo? —preguntó.

—Sí. Mátalo, mátalo. Tirale con la escopeta.

Jesús no se hizo rogar. ¡Con qué facilidad se le presentaba la primera pieza! Se echó la escopeta al hombro. Apuntó. El pulso le temblaba de emoción. ¡Ah! ¡El gusto del cazador al apretar el gatillo!

—¡¡¡Puuum!!!— sonó, fragoso, el tiro. Entre la humareda apenas si pudieron ver en el primer mo-

mento unas plumas que danzaron en el aire y unas hojas que cayeron de la rama de acebo.

Corrieron ambos a la jaula, deseosos de recoger el trofeo, con la ilusión del calzador que va por la pieza segura...

Pero, al llegar, todo cambió. Jesús se quedó blanco de rabia. El gavielucho huía, veloz. Pero el jilguerillo, por cuya vida hubiera dado el cashero cualquier cosa, yacía en la jaula patas arriba.

Lo que decía Jesús. Tan pequeño, no había podido «digerir» los perdigones tan bien como el gavielucho...

Me consta que aquel día no cazó más. Aunque hay quien asegura que le vio venir con el «kolko» lleno. ¡Ay, los manzanales de Beraun!

* * *

No fué mala tampoco aquella aventura que le pasó no lejos de Aranguren.

Era un día perro. Caía una lluvia interminable y molesta en verdad; pero eso no le retrajo de salir de caza. Se puso la chaqueta y el gorro impermeables de marinero que guarda para esos casos, y pian, pianito, tiró para el monte. Tuvo que atravesar un regato (como ya he dicho, no muy lejos de Aranguren) y, al hacerlo, se le enganchó una ramita en las gafas y ¡plats! las gafas que desaparecen...

Jesús sin gafas es hombre al agua. Empezó a buscarlas y no las veía, porque, claro, sin gafas ¿cómo iba a ver? Fué a tientas, palpando la hierba, y ni por esas. Las gafas que no aparecían. ¡Lo que faltaba! Había sido un día completamente infructuoso (¡como tantos!) y no había visto ni un miserable gorrión. Y ahora, cuando ya estaba pensando en volver a casa, lo de las gafas. Y no adelantaba nada con estarse cruzado de brazos lamentándose. El día se acababa por momentos, y a cada instante se oscurecía el cielo un poco más. Como las gafas no aparecían por parte alguna, se trazó un plan. Volvió hasta donde se le habían caído y palpó concienzudamente el suelo. Después, fué rastreando en espiral, como los indios alrededor de su presa, pero agrandando el círculo cada vez más. Así, al cabo de un rato, había examinado cien metros cuadrados, pero sin resultado positivo.

—¡Pero si es imposible! —murmuraba—. ¡Si tienen que estar por aquí a la fuerza!

Pero las gafas, contra toda la lógica, habían desaparecido.

—¡Caracoles! —exclamaba Jesús, mientras iba de un lado a otro como una fiera acorralada (con perdón)—. Tendré que ir a pedir ayuda. Si espero un poco más, anochecerá del todo y ya no habrá nada que hacer. Sólo me faltaba que luego, al volver, no encuentre el sitio éste. ¡Hombre, qué idea! Voy a dejar aquí el gorro en el suelo. No parece que llueva tanto ahora. Por un rato ya pasaré sin él. Por otra par-

te, no creo que me lo roben en este sitio tan solitario.

Y así, ni corto ni perezoso, se dirigió a Aranguren. Lo que no he podido averiguar es si encontró el camino pronto sin las gafas, o si también le costó lo suyo encontrarlo.

—¡Vaya por Dios!—iba diciendo por el camino—. Si me habrá pasado lo que a aquel del cuento, que buscaba las gafas y las llevaba puestas. Se palpó, por si acaso, la nariz; pero, como si no: allí no llevaba nada.

Volvió al poco rato con un casero de Aranguren. No había un instante que perder, pues ya la noche proyectaba sus primeras sombras. Empezó el casero a escudriñar por los alrededores del gorro sin dejar una hierba por mirar. Mientras, Jesús recorría el terreno arrastrando los pies por ver si las levantaba. No quedó ni un milímetro sin mirar.

—¿Pero estás seguro—le decía el casero— que es aquí donde se te han caído?

—Segurísimo. Tan seguro como que estamos aquí ahora.

Aquello no podía ser. La noche extendía ya su manto negro, y tenían que volverse a casa dejando la gafas allí, si es que estaban.

Al fin, se le ocurrió al casero una idea luminosa. Fué directamente al gorro y lo levantó.

Y allí debajo, limpias, relucientes y hasta esplendorosas, las gafas de Jesús.

Este os dirá que no me hagáis caso; que es mentira; que donde aparecieron fué en el agua turbia del riachuelo... ¡Claro! ¿Qué va a decir él? De alguna forma tiene que disculparse. Yo lo que sé es que nunca se deja las gafas cuando sale a cazar. Y hasta sospecho que se las ata a las orejas con un cuerda, para asegurarlas más. El gato escaldado...

* * *

Pero no son estas aventuras las que más fama le han dado. La aventura cumbre, la inaudita, la que es necesario oír la bajo juramento para creerla, es la de los patos silvestres.

El que conozca a Jesús (y el que no, que no se llame renteriano) sabrá que, además de cazador recaltrante, es un empedernido angulero. Lo que dice él: «El día para cazar; la noche para pescar».

Salió, pues, una noche con su farol, su salabardo y sus botas altas dispuesto a no dejar en la ría ni una angula para muestra.

Llega al matadero, empieza a preparar los trastos...

—¿Eh? ¿Qué es eso?

No sabe si es un silbido, o un chapoteo, o qué. Un ruido leve que se ha oído en la ría. Se asoma, cauteloso, conteniendo la respiración.

Y lo que ve le deja paralizado por un momento. No puede dar crédito a lo que ven sus ojos. El pulso le tiembla acelerado. Parece que el corazón quiere saltarse del pecho. Y no era para menos...

Surcando, majestuosos, las aguas se acercan cinco patos silvestres. No; no le engañan sus ojos. No hay lugar a error. A la luz de la luna, se pueden distinguir con bastante claridad sus brillantes colores. ¿Será po-

sible? Se da un pellizco para ver si está soñando, pero, no. Está más despierto que nunca.

Y ahora, todo el que tenga alma de cazador que se lleve la mano a su corazón y que me conteste: ¿Qué hubiese hecho él en aquel momento?

Al gozo inmenso de contemplar aquellas hermosas piezas, aquel cuadro tan embriagador, unid la pena no menos grande que suponía el no tener la escopeta en la mano.

¿Y qué pensáis que hizo?

Pensó, y muy bien pensado, que el mundo es de los decididos, y no titubeó más. Abandonó allí mismo los útiles de pesca. Se fué retirando, lento y silencioso como un felino. Luego, cuando ya estaba a una distancia prudencial, echó a correr hacia casa a toda la velocidad.

—¡Qué ocasión! ¡Qué ocasión!—iba murmurando mientras corría—. Mis amigos no me lo van a creer cuando se lo cuente. ¡Mis amigos! ¡Cuánto darían por encontrarse hoy conmigo!

Y con esto, llegó ya a su casa. Entró, jadeante, sin poder contener la respiración que se le desbordaba. No hizo más que coger la escopeta y salir. Sintió que su madre le preguntaba algo. Con la mano en el pica- porte contestó:

—Nada, nada. Ya os contaré luego.

Y salió a la calle. Respiró con fuerza el aire frío de la noche. Y se sintió generoso. Haría partícipes a sus amigos de la hazaña que iba a realizar. ¿Qué la hora era intempestiva? Para un buen cazador, todas las horas son buenas.

Se fué a la calle Magdalena y llamó a uno de sus amigos desde la misma calle, silbándole la señal convenida.

Su amigo salió, medio dormido, a la ventana. En cuando le dijo de qué se trataba, se espabiló de golpe. En seguida, dos escopetas corrían hacia la calle Medio. Allí, el otro amigo debía estar soñando con los angelitos; pues tuvieron que llamarle a voces. En cuanto le explicaron el negocio, ya no había más despierto en todo el planeta...

De allí a la ría no sé qué distancia habrá. Pero un caballo no hubiese hecho el recorrido en menos tiempo que nuestros amigos, que llegaron sin aliento. ¿Habrán llegado demasiado tarde? Todavía parpadeaba el farol tras un ribazo. Allí, al otro lado, estaban los patos. ¿Estarán aún?

Se acercan, anhelantes, hasta el borde agachados. Allí van levantando la cabeza con precaución, los tres a un tiempo. Y a un tiempo la bajan también, de golpe. Se miran, sonrientes. ¡Qué felicidad! Allí están, sí. Allí están todavía, bien ajenos a lo que les espera.

Nuestros amigos hablan en voz baja. Celebran consejo sobre lo que hay que hacer. Han de conseguir el mayor número posible de piezas. Saben que no tendrán tiempo para volver a cargar. Trazan el plan en menos de diez segundos. No hay tiempo que perder.

Apoyando el cañón sobre el montículo, apuntan serenamente. Si es que un cazador puede estar sereno en esos casos.

—¡Fuego!—dice Jesús por lo bajo.

¡Purrumpumpúuuu!...

—¡No tiréis, no tiréis! — exclama Jesús alarmado, al ver que ningún pato levanta el vuelo. Pero ya es tarde. Arrastrados por la corriente, se deslizan río abajo cuatro patos. No se explican de dónde han podido salir tantos tiros. Mientras, el único pato superviviente corre, alocado, río arriba, graznando desesperado.

Se miran confundidos los tres cazadores...

—¡La que hemos hecho! ¡Si son patos caseros!...

Pero la cosa ya no tenía remedio. Bajaron a la ría para recoger la «gloriosa» caza. Pudieron recuperar tres patos. Otro se lo llevó la corriente...

Volviéronse a casa, cabizbajos. La verdad, nunca lo hubiese creído. Tenían los mismos colores que los patos silvestres. Pero no había ninguna duda de que eran caseros. Sólo les quedaba prepararse para lo que les iba a venir encima. Estaban dispuestos a todo. A dar la cara donde fuese. Pero, ¿quién les habría mandado meterse en aquel berengenal?

Aldía siguiente, se enteraron de quién era el dueño. A él se presentaron con la cabeza baja y los patos en la mano.

El recibimiento fué apoteósico. El dueño dió rienda suelta a toda su cólera.

—¡No sabéis lo que me habéis hecho! ¡Mis patos australianos! De Australia me trajeron expresamente los huevos. En avión me los trajeron. Una docena, que me costó no sé cuanto conseguir...

Mientras hablaba, se paseaba de un lado a otro, con excitación. La furia lo dominaba, y no era para menos.

—De la docena—prosiguió—, sólo me nacieron cinco. De los cinco sólo un macho. Y vais vosotros y me lo matáis. El único macho que tenía.

Jesús pensaba que ojalá hubiese sido sólo eso, y contemplaba con ternura las hermosas piezas que le pesaban en el corazón como si fuesen plomo...

Al fin, fueron perdonados. Ya que la cosa no tenía remedio... Por otra parte, había sido un lamentable error. No fué culpa de ellos. ¡Si hubiesen sabido!...

* * *

Estas son tres de las muchas historias de mi amigo Jesús. Yo sé que se me va a enfadar por divulgarlas sin su permiso. ¿Y qué le vamos a hacer? Espero que sabrá perdonarme él también. Y, si no, mala suerte. Nos partiremos las gafas cualquier día en medio de la calle.

GUTIERREZ.

Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa

CREADA Y GARANTIZADA POR LA EXCELENTISIMA DIPUTACION

SUCURSAL EN RENTERÍA

FUNDADA EL AÑO 1896

CALLE DE VITERI, 15 BAJO — TELEFONO 55-0-12

60 SUCURSALES EN LA PROVINCIA

OPERACIONES PRINCIPALES:

AHORRO.—Infantil y Obrero 3% - Libretas a plazo: 1 año, 3%; seis meses, 2,50% - Libretas a la vista, 2% - Ahorro para el Deporte - Servicio de huchas - Libretas indistintas - A sociedades - A nacidos.

CREDITOS Y PRESTAMOS.—Para comprar caseríos 3,50% - Para obras de colonización - Con garantía personal de Valores y Libretas a Plazo, del 3 al 5,25% - Con garantía hipotecaria rústica y urbana, 4,50 y 5% - A Ayuntamientos y Corporaciones.

CUENTAS CORRIENTES Y VALORES.—Cuentas Corrientes al 1% - Compra-venta, suscripción y depósito de Valores - Abono en cuenta de cupones y dividendos - Efectos al cobro - Domiciliación de Letras.

Pensiones de Vejez - Rentas inmediatas - Dotes infantiles - Seguros Sociales - Montepíos Laborales - Giro Mutuo provincial - Intercambio de libretas entre Cajas de Ahorros - Cuentas de contribuyentes.

Talleres Etcheto

Máquinas - Herramientas - Máquinas para el cosido de la suela de alpargatas marca «ILLARAMENDI»

Marronguilleta, 11 Teléfono 55215
RENTERIA

B A R

Remigio

Especialidad en asaduras

Vázquez de Mella, 6
Tels. 56.035 - 55.737 - Rentería

Domicilio:
Amasas, 3 - 1.º dcha.